

La abuela Nela

Gloria Pastor Arándiga

Ilustraciones:
Federico Méndez Hidalgo



Capítulo 1

EL ACCIDENTE

No sé si me acordaré bien de la historia porque hace un año, más o menos, que pasó y un año en la vida de una niña es muchísimo tiempo. Sí recuerdo que era sábado, el día de visitar a la abuela. Y era primavera porque la tarde se hizo muy larga, como si no fuera a llegar la noche. Nos arreglábamos para salir. Mis padres me dejaban en casa de mi abuela, un piso antiguo del centro de la ciudad, y se iban al cine como todos los sábados. A pesar de mis protestas, me habían puesto un vestido con lazo en la espalda y unos zapatos con puntas demasiado estrechas que me martirizaban los pies. Estaba deseando llegar a casa de la abuela para descalzarme, como hacía siempre.

—Alma, péinate bien —me recordaba mamá.

Es que a mí se me olvida peinarme por detrás, como no me veo..., y además llevo el pelo corto. Con lo que sí me esmero es con el flequillo: me lo unto con gomina, después con los dedos reparto bien los cabellos por la frente y me miro de cara y de perfil hasta que considero que ha quedado perfecto.

Estaba todavía en el baño cuando sonó el teléfono. Lo descolgó papá. Al principio no decía nada, parecía que

estuviera escuchando el contestador automático, pero eso justamente alarmó a mamá porque nosotros no tenemos contestador: papá lo desconectó para que no le molestaran con asuntos del trabajo, que ya se pasa todo el día en la empresa.

—Luis, ¿qué ocurre? —preguntó María, mi madre.

Tras unos segundos de silencio, papá contestó:

—Es del hospital... A mi madre la han atropellado.

Al oír esas palabras en la voz demudada de papá, me quedé quieta frente al espejo sin saber qué hacer. El flequillo me caía sobre los ojos, tieso y brillante. En seguida la imagen del espejo comenzó a hacerse borrosa. Las lágrimas se me escaparon de los párpados sin querer. ¿La abuela se iba a morir?

—Han dicho que no es grave, solo una pierna rota, pero, claro, a su edad... —explicaba papá mientras subíamos al coche.

Yo nunca había estado en un hospital... desde que nací. Había visto muchas veces la película de mis primeros momentos de vida. Parecía un polluelo recién salido del cascarón, con el pelo pegajoso, los párpados hinchados, las manitas estirándose con movimientos torpes. En las imágenes se veía también a la abuela, aunque parecía más joven. Es natural, porque hacía ya mucho tiempo de eso. Si no fuera por las grabaciones, creería que mi abuela siempre fue una anciana. Ahora ya tengo diez años. Mi cuerpo ha empezado a transformarse. No hago más que crecer, eso es lo que dice mamá. Los pantalones me llegan por el tobillo, los calcetines se agujerean por

la punta... ¡Ah! Me llamo Alma porque lo quiso mi abuela. Ese fue el nombre de una hermana suya que murió siendo niña. Antes en las familias había varios hermanos; ahora casi todos somos hijos únicos. Yo tengo miedo de la muerte aunque me digan que los muertos van al cielo. Por eso no quiero que la abuela Nela se muera, porque eso del cielo no lo acabo de entender y, sobre todo, es que, según me han dicho, de allí no se vuelve. Yo abrazo a mi abuela y le pido que no se muera, pero ella me contesta que un día será tan vieja que tendrá que irse, que es ley de vida. Cuando un adulto dice «es ley de vida», significa que tienes que aguantarte. En fin, no sé qué pensar.

Ese sábado por la tarde mis padres no fueron al cine: estuvimos en el hospital mirando la pierna escayolada de la abuela. Ella estaba de buen humor: «Dolorida, pero contenta de estar aún viva», dijo. Cuando mis padres salieron de la habitación para hablar con el doctor, me senté en el borde de la cama con mucho cuidado. La abuela me dio permiso para descalzarme y subir las piernas junto a las suyas.

—Cuéntame cómo ha ocurrido —le pedí.

—Pues verás, iba yo tan tranquila a comprar esos pastelillos que te gustan, atenta al semáforo, que estaba en verde, por cierto. Empiezo a cruzar y de pronto me veo tirada en el suelo...

—¡Pobre abuelita! —dije llorosa mientras la abrazaba.

—No, si no me enteré de nada. El chico que iba en la bicicleta sí que se asustó. Al principio me pareció una chica porque llevaba coleta, pero cuando me cogió en

volandas para meterme en un taxi, comprendí que era hombre, un mozo fuerte...

—¿Y después?

—Después... me tumbaron en una camilla y al quirófano. Yo repetía: «Llamen a mi hijo», pensando en el susto que os llevaríais si no me encontrabais en casa.

—Pobre abuelita —repetía yo con desconsuelo.

Cuando mis padres regresaron de la charla con el doctor, aunque me encontraron descalza y tumbada en la cama con la abuela, no tuvieron ganas de reñirme. Fruncían el ceño con gesto de preocupación.

—Despídete de la abuela —dijeron—. Tiene que descansar.

La abuela los miraba sin atreverse a preguntar. Me pareció más frágil que nunca, con sus huesecillos finos, el pelo desordenado, los dedos de los pies sobresaliendo de la escayola, deformados, hinchados.

—Te quiero mucho, abuela —le dije al oído después de darle un beso.

—Y yo, bonita —me sonrió.

Aún era de día cuando volvimos a casa. Los tres parecíamos aturdidos: mis padres, sin película y yo, sin la abuela. Cogí un libro de poemas y me tumbé en el sofá hasta quedarme adormecida. De pronto entró por la ventana del comedor una polilla batiendo sus alas grisáceas, revoloteó sobre la lámpara atraída por su haz de luz y finalmente se posó en la pared. Yo había cerrado el libro e intentaba memorizar unos versos para el recital de final de curso. En la cocina mis padres hablaban en voz baja,



pero les oía discutir. No es que estuvieran peleando, es que trataban un asunto muy importante: qué hacer con la abuela durante su convalecencia. Hacía años que vivía sola, desde que murió el abuelo, «el bueno de Fermín», como le llamaba ella. Pero ahora no podía valerse, necesitaba una atención continua, según decían mis padres.

La polilla inició de nuevo el vuelo. Yo la seguía con los ojos repitiendo los primeros versos del poema. La conversación entre mis padres parecía terminada.

—Se lo dirás tú, que eres su hijo.

Me levanté del sofá para perseguir la polilla. Conseguí asustarla, pero en vez de salir por la ventana, entró en la cocina.

—¿Qué vais a hacer con la abuela? —intervine yo.

—La abuela va a ir a una residencia.

—¿A un asilo? —grité.

—No es un asilo, es como un hotel donde te lo hacen todo y además te cuidan unas enfermeras —contestó papá.

—Pero la abuela no querrá, ella siempre dice que prefiere verse muerta que en un asilo.

—¡Que no es un asilo, niña! —dijo mamá—. Y esta conversación se acabó. ¡A la cama!

Me fui a mi habitación roja de rabia y apretando las mandíbulas para no llorar. Los padres cuando se quedan sin argumentos te mandan a tu cuarto y ya está. Me sentía furiosa. Nunca había imaginado que la abuela pudiera vivir en un lugar que no fuera su casa de siempre, con ese olor particular a guisos caseros y a madera noble. ¡No

iba a consentir que la llevaran a un asilo! Vendría a nuestro hogar, con nosotros, para que yo pudiera leerle una novela mientras ella se recuperaba.

Me acosté disgustada. Giraba a un lado y a otro, nerviosa, agitada, sin poder conciliar el sueño. Pensaba que tenía que salvar a la abuela, pero no sabía cómo. Eso es lo peor de ser niña, que aún no sabes nada de la vida y hay muchas cosas que no puedes decidir.